

- ¿Cuándo se le dejará marchar?
- Pasado mañana á esta hora. Cuidad al caballo como al hombre.
- Lo cuidaremos más, Sr. Salvador, más, porque de seguro vale más el caballo que él.
- Á medianoche el caballo estará ensillado á la puerta de la cabaña: uno de vosotros le desatará, otro le abrirá la puerta, y le dejaréis marchar deseándole feliz viaje.
- ¿Será preciso volver á París?
- Volveréis; y tú, Juan Taureau, te irás á tu trabajo, encargando á Toussaint que haga otro tanto.
- ¿Es eso todo?
- Todo.
- Cosa fácil, Sr. Salvador.
- Y honrada y buena, mi querido Barthelemy. Puedes tener tranquila la conciencia.
- ¡Oh! cuando andáis en el ajo, Sr. Salvador.
- Gracias.
- Vamos, dijo Juan Taureau, en marcha, señor conde.
- ¡Hala!... dijo Toussaint arreando el caballo con la voz, en tanto que con la mano lo llevaba de la brida.
- Juan Taureau hizo otro tanto por el otro lado, y los dos mohicanos, escoltando á Mr. de Valgeneuse, se pusieron en camino hacia la cabaña de la orilla del río.
- Y ahora, general, dijo Salvador, cerramos la verja y ocupémonos de Mr. Sarranti.

FIN DEL LIBRO DÉCIMONONO.

## LIBRO VIGÉSIMO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Ayudado por el general, Salvador cerró la verja. Cerrada la verja, Salvador llamó á Rolando. Rolando había desaparecido. Había sido atraído por una fuerza invisible hacia el lado del banco.

Salvador le llamó segunda vez con acento imperativo y dándole esta vez en lugar del nombre de Rolando el de Brasil.

El perro acudió, pero aullando tristemente. Era evidente que le contrariaba en sus más vivos deseos.

— Si, murmuró Salvador, sé muy bien lo que quieres, Brasil; pero no tengas cuidado que ya volveremos. Detrás, Brasil, detrás.

El general siguió á Salvador, sin observar al parecer la discusión empeñada entre Brasil y Salvador.

Con la cabeza baja, seguía maquinalmente al joven sin pronunciar una sola palabra.



Pasadas ya la encina y el banco que atraían la atención de Brasil, Salvador se internó en una calle que conducía al edificio.

Ambos caminaban en silencio.

Al cabo de algunos pasos, el silencio fué roto por el general.

— No podéis figuraros, Mr. Salvador, dijo, la emoción singular que me ha causado la vista de esa niña.

— Es en efecto una encantadora criatura, respondió Salvador.

— ¡ Ay ! dijo el general, también tengo una hija que debe tener su misma edad, si vive todavía.

— ¿ Ignoráis lo que haya sido de ella ?

— Á mi salida de Francia la confíé á unas buenas gentes, á quienes en cuanto lo pueda hacer públicamente les pediré cuenta de ella. Cuando sea ocasión volveremos á hablar de esto, Mr. Salvador.

Salvador se inclinó en señal de asentimiento.

— Y lo que me ha conmovido, continuó, es que vos habéis pronunciado el nombre de Mina.

— Es en efecto el nombre de la joven.

— ¡ El mismo nombre que mi hija ! murmuró el general. ¡ Ah ! quisiera volver á hallar á mi Mina tan pura y bella como la vuestra, mi querido Mr. Salvador.

Y el general, dejando caer de nuevo su cabeza sobre el pecho, volvió á quedar en silencio obligado á callarse por el mismo sentimiento que le había hecho hablar.

Ambos permanecieron mudos por algún tiempo, siguiendo el pensamiento que le preocupaba.

Salvador fué ahora quien tomó primero la palabra.

— Sólo una cosa me inquieta, dijo.

— ¿Cuál ? preguntó maquinalmente el general.

— Este castillo estaba habitado sólo por tres personas : Mina, Mr. de Valgeneuse y una especie de ama de llaves.

— ¡ Mina ! repitió el general como si encontrase placer en pronunciar de nuevo aquel nombre.

— Mina ha marchado con Justino ; Mr. de Valgeneuse está en manos de Juan Taureau y de Toussaint Louverture y no le soltarán, respondo de ello. Queda pues el ama de llaves.

— ¿ Y bien ? preguntó con un poco más de interés el general, que comprendía que Salvador le llevaba hacia el asunto cuya pista seguían, esto es, á la libertad de Mr. Sarranti.

— Pues bien, si no está dormida debe haber oído el tiro, y si ha oído el tiro ha debido escapar con dos mil de á caballo.

— Vamos á buscarla, dijo el general.

— Felizmente, continuó Salvador, tenemos á Brasil ; Brasil nos ayudará á encontrarla.

— ¿ Quién es ese Brasil ?

— Es mi perro.

— Creía que se llamaba Rolando.

— Se llama en efecto Rolando, general ; pero mi perro es como yo, tiene dos nombres : lleva uno á la faz del mundo, el cual corresponde á su vida presente : el otro sólo yo le conozco y corresponde á su vida pasada. Porque, preciso es decirlo, general, Rolando ha tenido una existencia casi tan agitada y casi tan misteriosa como la mía.

— Si un día llegase á ser bastante amigo vuestro para penetrar en los misterios de esa vida... dijo Mr. de Premont.

Y se detuvo, comprendiendo que la menor insistencia le haría ser indiscreto.

— Es probable, general, dijo Salvador, pero entretanto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1070. 1625 MONTERREY, MEXICO



vamos á tratar de sondear los misterios de la vida de Brasil.

— Lo que no es cosa muy cómoda, respondió el general; y aun cuando hablo siete ú ocho idiomas, no me encargo de serviros de intérprete.

— ¡ Oh! entre Brasil y yo no es necesario, general; vais á ver cómo nos comprendemos, y mirad, le habéis visto indiferente, observad á medida que nos acercamos al castillo cómo se anima. No es ni por la luz que de él sale, ni por el ruido que en él se siente, porque ya veis que en él ni arde una bujía, ni creo que haya en él un solo corazón que lata detrás de esas paredes.

Y en efecto, al acercarse al castillo, por más callado y sombrío que estuviese el edificio, Brasil enderezaba las orejas, olfateaba el viento y erizaba su pelo como si se preparase á un combate.

— Ved, general, dijo Salvador, os prometo que si el ama está todavía en el castillo, sea en la cueva ó en el desván, daremos con ella por muy oculta que esté. Entremos, general.

Nada en efecto era más fácil que entrar. Al salir para pasear por el parque, Mina había dejado abierta la puerta.

Sólo que nada había alumbrado más que por la luz exterior de la luna.

Salvador sacó de su bolsillo una pequeña linterna sorda y la encendió.

Brasil, en medio de la habitación (la antesala), giraba sobre sí mismo como inspeccionando los objetos y reconociendo la localidad.

De pronto, tomando su partido, fué á dar con la cabeza contra una puerta baja que parecía dar á las habitaciones bajas de la casa.

Salvador abrió la puerta.

Brasil echó á correr por un corredor sombrío, á cuyo extremo, por una escalera de seis ú ocho peldaños, bajó á una especie de cueva, á la que habiendo llegado el primero, lanzó un aullido tan lúgubre que hizo estremecer á Salvador y al general, es decir, á dos hombres que no temblaban tan fácilmente.

— Y bien, Brasil, ¿ qué hay ahí? preguntó Salvador. ¿ Es aquí por casualidad donde Rosa de Noel?...

El perro, como si hubiera comprendido la pregunta de su amo, echó á correr por el camino que acababan de seguir, y desapareció.

— ¿ Adónde va? preguntó el general.

— No lo sé, respondió Salvador.

— ¿ Le seguimos?

— No, si hubiera querido que le siguiéramos, hubiera vuelto la cabeza hacia mí como para decírmelo. No lo ha hecho, debemos esperarle aquí.

Salvador y el general no le esperaron mucho tiempo, y mientras ambos miraban por debajo de la puerta, una ventana baja saltó hecha pedazos, y Brasil cayó entre los dos con los ojos ensangrentados, la lengua colgando, y luego tres ó cuatro veces dió la vuelta á la cueva como buscando alguien á quien devorar.

— Rosa de Noel, ¿ no es verdad? dijo Salvador, ¿ Rosa de Noel?

Brasil aulló con furor.

— ¿ Es aquí, dijo Salvador, donde intentaron asesinar á Rosa de Noel?

— ¿ Quién es Rosa de Noel? preguntó el general.

— Uno de los niños que han desaparecido, y que se acusa á Mr. Sarranti de haberlos hecho desaparecer.



— ¿Intentado asesinar? repitió el general: ¿luego el asesinato no se consumó?

— Felizmente no.

— ¿Y la niña?

— Vive.

— ¿La conocéis?

— La conozco.

— ¿Por qué no la preguntáis, entonces?

— Porque no quiere responder.

— ¿Qué hacemos pues?

— Preguntar á Brasil, puesto que veis que responde.

— Continuemos pues.

— Pardiez, dijo Salvador.

Y ambos se volvieron hacia el perro que arañaba y mordía el suelo con furor.

## CAPÍTULO II.

### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Salvador miraba pensativo la rabia del perro.

— ¿Habrá aquí alguien enterrado? dijo el general.

Salvador movió la cabeza.

— No, dijo.

— ¿Por qué no?

— Porque os he dicho que la niña vivía.

— Pero ¿y el niño?

— No es aquí donde está enterrado.

— Luego ¿sabéis dónde está?

— Sí.

— Entonces, ¿el niño ha muerto?

— Ha muerto.

— ¿Asesinado?

— Ahogado.

— ¿Y la niña?

— La niña estuvo á pique de ser asesinada de alguna puñalada.

— ¿Dónde?

— Aquí.

— ¿Y qué ha impedido que el asesinato se llevara á cabo?

— Brasil.

— ¿Brasil?

— Sí, rompiendo esa ventana como acaba de hacerlo, y arrojándose sobre el asesino probablemente.

— Pero ¿qué busca ahí?

— No busca, encuentra.

— ¿El qué?

— Mirad.

Salvador bajó la linterna y proyectó su luz sobre el piso de la cueva.

— ¡Ah! dijo el general, cualquiera diría que estas son manchas de sangre.

— Sí, dijo Salvador, y es un permiso de Dios el que la mancha hecha con sangre que sale tibia del cuerpo de un hombre no se borre jamás. Esa sangre, general, tan cierto como que Mr. Sarranti es inocente, esa sangre contra la cual se encarniza Brasil, es la sangre del asesino.

— ¿Pero no decíais hace poco que quisieron asesinar á la niña de una puñalada?

— Sí.

— ¿Aquí?



— Probablemente.

— ¿Pero Brasil?

— No se engaña en esto, no. ¡Brasil! dijo Salvador: ¡Brasil!

Brasil abandonó su tarea para acercarse á su amo.

— Busca, Brasil, dijo Salvador.

— Brasil olfateó los ladrillos y se dirigió hacia una pequeña cueva que tenía salida al parque.

La puerta de esta cueva estaba cerrada.

Arañó la puerta gimiendo tristemente, y en dos ó tres sitios lamó el suelo.

— Ved la diferencia, general, dijo Salvador. Aquí ha caído la sangre de la niña. Ha huído por esta puerta; voy á abrirla y veréis á Brasil seguir las huellas de la sangre.

Salvador abrió la puerta y Brasil se lanzó en la cueva para lamer los ladrillos.

— ¿Veis? dijo Salvador, por aquí es por donde la niña ha huído en tanto que Brasil luchaba con el asesino.

— Pero ¿quién es el asesino?

— Creo que es una mujer. La niña en sus momentos de delirio, la pobre á veces se vuelve casi loca, ha gritado dos ó tres veces: « ¡No me matéis, Mad. Gerard! »

— ¡Oh! ¡qué espantoso laberinto es el de esa historia! exclamó el general.

— Si, dijo Salvador, pero tenemos una de las extremidades del hilo, y preciso será que lleguemos al otro.

Después llamando:

— ¡Brasil, dijo, aquí!

Brasil que andaba ya rebuscando en el parque una pista perdida, acudió á la voz de su dueño.

— No tenemos que hacer aquí ya, general, dijo Salva-

dor; sé cuanto quería saber, y es importante, recordadlo, el que no se nos escape el ama de llaves.

— Busquemos pues al ama.

— Vamos, Brasil, vamos, dijo Salvador subiendo los escalones del corredor y volviendo al vestibulo.

Brasil siguió á su amo.

Al llegar al vestibulo dudó un momento. A través de la puerta veía brillar el estanque, semejante á un espejo pulimentado, y á pesar suyo se sentía atraído hacia aquel sitio.

Pero un segundo llamamiento de Salvador le contuvo. Entonces subió la escalera, pero sin prisa y como una dirección cualquiera, no para ir á un objeto determinado, sino para salir del vestibulo.

Sin embargo, en cuanto llegó al corredor del primer piso se lanzó corriendo hasta el otro extremo. Después se detuvo delante de una puerta y lanzó un gruñido sordo y quejumbroso.

— ¿Será que vamos á dar con el ama? preguntó el general.

— Creo que no, respondió Salvador, sino que éste más bien será el cuarto de uno de los niños. No tardaremos en verlo.

El cuarto estaba cerrado con llave, pero al primer esfuerzo que hizo Salvador, la cerradura cedió y la puerta se abrió.

El perro entró en el cuarto ladrando alegremente.

Salvador no se había engañado: la primera cosa que hirió su vista fué una alcoba con dos camas iguales.

Estas eran evidentemente camas de niño.

Brasil iba alegremente de una á otra, apoyaba sus patas sobre la colcha y miraba á Salvador con tal expresión de alegría, que no daba lugar á equivocarse.



— Ya lo veis, general, dijo Salvador: éste era el cuarto de los niños.

Brasil hubiérase quedado allí de buena gana, pues se había acostado entre las dos camas.

Pero Salvador le obligó á salir, llamándole con instancia.

Brasil siguió á su amo con la cabeza baja.

— Volveremos, Brasil, volveremos, no tengas cuidado, dijo Salvador; y como si el perro le hubiera comprendido, subió la escalera que conducía al segundo piso.

En la meseta de la escalera se paró.

Y con los ojos encendidos y el pelo erizado, gruñendo terriblemente se acercó á una puerta.

— Diablo, dijo Salvador, estamos á la puerta del cuarto de algún enemigo. Veamos lo que aquí hay.

La puerta, como la del primer piso, estaba cerrada; pero como aquélla también cedió al esfuerzo de una vigorosa presión.

Brasil entró, y apenas hubo entrado ladró de manera terrible.

Su cólera parecía dirigirse á una cómoda.

Salvador trató de abrirla, pero los cajones estaban cerrados con llave.

Brasil mordía con rabia los tiradores de los cajones.

— Espera, Brasil, espera: ya veremos lo que hay en esos cajones. Entretanto, silencio.

El perro calló mirando lo que iba á hacer su amo. Pero sus ojos llameaban; alrededor de la boca se extendía una franja de espuma, y un hilo de baba colgaba de su lengua más encarnada que la sangre.

Salvador levantó el mármol de la cómoda y lo puso en el suelo arrimado á la pared.

El perro parecía comprender la maniobra y alentar á su amo saltando á su alrededor.

Salvador sacó de su bolsillo un puñal corto, con el que levantó un pedazo de madera.

Al ver este resultado Brasil se puso de manos sobre la cómoda.

Salvador metió la mano por el agujero practicado, y sacó de la cómoda un corpiño de lana encarnado.

Pero antes que el corpiño hubiera acabado de salir, ya Brasil lo había agarrado, arrebatándolo á Salvador.

Este corpiño formaba parte del traje matinal de Úrsula.

Salvador se arrojó sobre el perro que mordía y trataba de desgarrar la tela.

Con gran trabajo se lo quitó.

— No me engañaba, dijo Salvador, es una mujer quien ha tratado de asesinar á la niña, y esta mujer es Mad. Gerard ó más bien Úrsula.

Tuvo suspendido de toda la altura de su mano el corpiño escarlata, tras del cual se puso á saltar Brasil dando feroces aullidos.

El general permanecía estupefacto al ver aquella comunidad de pensamiento que subía del perro á Salvador y volvía á descender del hombre al perro.

— Ved, continuaba, ya no hay duda.

Después, formada su convicción sobre este punto, volvió á meter el corpiño en la cómoda, colocó lo mejor que pudo el pedazo de madera y volvió á poner encima la piedra de mármol.

El perro aullaba como si le hubieran arrancado un suculentó hueso.

— Bueno, basta, dijo Salvador á Brasil. Ya comprendes que volveremos por aquí; pero lo más necesario ahora es buscar al ama: busquémosla pues.

El perro echado del cuarto, salió ladrando, pero una vez



en la meseta, volvió á seguir la pista, y se detuvo delante de la última puerta en el fondo del corredor, llamando con sus ladridos.

— Ya la hallamos, general, dijo Salvador dirigiéndose á la puerta delante de la cual ladraba Brasil.

Y dijo al perro:

— Hay alguien ahí, ¿no es verdad?

El perro respondió ladrando más fuerte.

— Vamos, dijo Salvador, cuando la policía no cumple con su obligación, es menester cumplirla por ella.

Y presentando la luz al general añadió:

— Tomad esta linterna, general, y no me desmintáis.

El general tomó la linterna, en tanto que Salvador anudaba alrededor de su talle la faja blanca que era en aquella época el distintivo que daba á conocer á los comisarios de policía, á los magistrados y á los oficiales ministeriales.

Después, dando tres golpes en la puerta:

— ¡ En nombre del rey, dijo, abrid!

### CAPÍTULO III.

#### LA NOCHE DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

La puerta se abrió.

Entonces, viendo entrar alumbrado por un hombre vestido de negro á otro hombre que por su faja creyó era un comisario de policía, la mujer que había en aquel cuarto y que se había levantado en camisa para abrir aquella puerta, cayó de rodillas en medio de la habitación gritando:

— ¡ Jesús, María!

— ¡ En nombre del rey, daos presa! dijo Salvador. Aquella, hacia quien Salvador extendía su mano, pero sin tocarla, parecía una vieja de cincuenta á sesenta años, fea cual ninguna con el traje sencillo con que se presentaba.

Á su lado la Brocante parecía la Venus de Milo.

Lanzó un grito de terror, al que Brasil, de quien sin duda el grito había atacado los nervios, contestó con un lúgubre y prolongado aullido.

Salvador trataba de buscar en la obscuridad del pasado cierta semejanza entre aquella abominable criatura y algún recuerdo de su propia vida.

— Alumbrad á esa mujer, dijo al general, me parece que la conozco.

El general dirigió la luz de la linterna, que dió de lleno en la cara de la vieja.

— Eso es, dijo Salvador, no me engañaba.

— ¡ Oh! mi buen señor, exclamó el ama, os juro que soy una buena y honrada mujer.

— Mientes, dijo Salvador.

— ¡ Señor comisario! insistió la vieja.

— Mientes, interrumpió Salvador, yo, yo te digo que tú eres la madre de la *Cañote*.

— ¡ Oh, señor! exclamó la vieja espantada.

— Tú eres causa de que esa encantadora criatura, que había sido por equivocación llevada á un sitio infame, y que se había encontrado allí con tu hija, que no había ido allí por equivocación, perseguida por tí, denunciada por tí, deshonrada por tí, no haya podido sobrevivir á su deshonra y se haya arrojado al Sena.

— Señor comisario, os juro que...



— Acuérdate de Athenais (1), dijo imperiosamente el comisario, y calla.

La vieja bajó la frente como si la roca de Sisifo acabara de desplomarse sobre su cabeza.

— Ahora, dijo Salvador, responde á las preguntas que te voy á hacer.

— ¡ Señor comisario !...

— Responde, ó llamo á dos hombres y te hago llevar á las Madelonettes.

— Responderé, responderé, señor comisario.

— ¿ Desde cuándo estás aquí ?

— Desde el último domingo de Carnaval.

— ¿ Cuando llegó al castillo la joven robada por Mr. de Valgeneuse ?

— En la noche del martes de Carnaval al miércoles de Ceniza.

— ¿ Ha permitido Mr. de Valgeneuse que la joven robada por él saliese del castillo desde que vino ?

— Nunca.

— ¿ Qué clase de violencia ha empleado para impedirle el que saliera ?

— La ha amenazado con acusar á su amante de rapto, y con hacerle condenar á galeras.

— Y este amante ¿ cómo se llamaba ?

— Mr. Justino.

(1) Se recordará que este nombre era el que llevaba la hija del trompeta Ponroy antes que Salvador la bautizase con el nombre de Fresolina. Si un día penetramos en los misteriosos pliegues de la vida de Salvador, allí encontraremos probablemente el acontecimiento á que se refiere en este momento el falso comisario de policía.

— ¿ Cuánto te daba mensualmente Mr. de Valgeneuse por guardar á la joven robada ?

— Señor comisario...

— ¿ Cuánto, repitió en tono imperativo Salvador, cuánto te daba Mr. de Valgeneuse mensualmente por guardar á la joven robada ?

— Quinientos francos.

Salvador miró alrededor suyo y vió un mueble que tenía la forma de un secreter. Le abrió, y halló dentro papel, tinta y plumas.

— Siéntate ahí, y escribe la declaración que acabas de prestar, dijo Salvador.

— No sé escribir, señor comisario.

— ¿ No sabes escribir ?

— No, señor, os lo juro.

Salvador sacó una cartera, buscó en ella un papel, le desdobló á vista de la vieja, y dijo :

— Si no sabes escribir, dime, ¿ quién ha escrito esto ? Y leyó :

« Si no me entregas esta noche cincuenta francos, digo dónde mi hija te ha conocido y te hago echar de tu almacén.

» LA GLOUETTE.

» 11 de Noviembre de 1824. »

La vieja quedó aterrada.

— Ya ves que sabes escribir, le dijo Salvador, mal, en verdad, pero lo bastante para que obedezcas la orden que te he dado y que reitero de nuevo.

Escribe la declaración que acabas de prestar.

Y Salvador, obligando á la vieja á sentarse, la puso en la mano la pluma, y en tanto que el general alumbraba, presidió á la siguiente declaración que escribió con letra



inmunda, llenándola de faltas de ortografía que garantizaban la autenticidad del autógrafa.

Nos dispensaremos de reproducir las faltas, pero daremos el texto de la declaración :

« Yo la abajo firmada Brabançon, (a) la *Glouette*, declaro que he estado al servicio de Mr. Loredán de Valgeneuse desde el domingo de Carnaval, para guardar a una joven llamada Mina, que ha sido robada de un colegio de Versalles. Declaro que la joven robada ha llegado al castillo de Viry en la noche del martes de Carnaval al miércoles de Ceniza ; que ha amenazado al señor con gritar, llamar, huir, pero que la ha impedido hacerlo así, diciéndola que tenía medios de hacer ir á su amante á galeras, y que estos medios eran denunciarle como raptor de una joven menor de edad. Tenía también el dicho señor conde una orden de prisión en blanco que le enseñó.

» Hecha en el castillo de Viry en la noche del 23 de Mayo de 1827.

» Firmado : BRABANÇON (a) LA GLOUETTE. »

Estamos obligados á confesar que Salvador tenía parte en la redacción de este documento, pero como en nada se apartaba de la verdad, esperamos que en gracia de la intención que le hacía obrar nuestros lectores le perdonarán esta presión más bien literaria que moral.

Salvador tomó la declaración, la dobló y la guardó en el bolsillo.

Después, volviéndose á la vieja, le dijo :

— Ahora puedes ya volverte á acostar.

La vieja hubiera preferido permanecer en pie.

Pero oyó á su izquierda gruñir sordamente á Brasil, y se arrojó en la cama como se hubiera arrojado al río para nuir de un perro rabioso.

Los dientes de Brasil, en efecto, parecían espantarle aun más que las insignias del comisario.

Era esto muy sencillo.

Veinte veces en su vida había tenido que andar á vuel-tas con la justicia, en tanto que era muy cierto que ni aun en sus más horribles sueños había visto un perro de aquella catadura.

— Ahora, dijo Salvador, como eres cómplice de Mr. de Valgeneuse, que acaba de ser preso por haber robado y secuestrado á un menor de edad, crimen previsto por la ley, te arresto y te encierro en este cuarto, en donde mañana el procurador del rey vendrá á interrogarte. Sólo que como podrías tener la idea de escaparte, te prevengo que dejo un centinela en la meseta de la escalera y otro abajo con orden de hacer fuego sobre ti como se te ocurra tan sólo abrir la puerta ó la ventana.

— ¡ Jesús, María ! repitió por segunda vez la vieja, pero temblando más esta vez que la primera.

— ¿ Has entendido ?

— Sí, señor comisario.

— En ese caso, buenas noches.

Entonces haciendo al general pasar antes que él, salió, y cerrando la puerta con la llave, dijo :

— Os respondo, general, de que ni á moverse se atreve : podemos contar con una noche tranquila.

Y dirigiéndose á su perro, añadió :

— Vamos, en marcha, Brasil, que nos falta todavía la mitad de la obra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1920



## CAPÍTULO IV.

## DISCUSIÓN Á PROPÓSITO DE UN HOMBRE Y DE UN CABALLO.

Abandonaremos á Salvador y al general en el final de la escalera, y en el momento en que se dirigen hacia el estanque precedidos por Brasil.

Seguirlos sería volver á andar un camino que ya hemos recorrido.

Al pistoletazo, Justino y Mina, que habian dado ya algunos pasos para huir, se habian detenido y en tanto que Mina arrodillada en medio del campo rogaba á Dios apartase toda desgracia de Salvador, Justino había de un salto subido á la tapia y presenciado desde allí la lucha que había terminado con la prisión de Loredán.

Pudieron pues ver todavía al caballo, que conducido por los dos mohicanos, llevaba á Mr. de Valgeneuse.

Estrecháronse uno junto á otro, como si habiendo oído durante largo tiempo tronar el rayo sobre su cabeza, lo vieses por fin caer á cien pasos de distancia.

Inclináronse en señal de gracias, y pronunciaron entre dos besos el nombre de Salvador.

Después huyeron buscando los estrechos senderos donde debian sentar el pie por temor de aplastar una planta en flor.

Llegados á una senda más ancha pudieron marchar de frente cogidos del brazo : al cabo de algunos minutos estaban junto al grupo de árboles en que estaba oculta la silla de posta.

Bernard reconoció á Justino, y al verle acompañado de

una joven empezó á comprender el enigma del drama en que también él tenía un papel.

Quitóse respetuosamente su sombrero : viendo á la joven y á su amante confortablemente instalados en el carruaje, hizo una señal de inteligencia que significaba :

— Y ahora, ¿ adónde es preciso ir ?

— Camino del Norte, dijo Justino.

Volvieron á tomar el camino que acababan de recorrer, y la silla desapareció por el camino de París, que era preciso atravesar todo entero desde la barrera de Fontainebleau hasta la barrera de San Dionisio.

Deseemos un buen viaje á los dos amantes : dejémosles que mutuamente se digan sus alegrías y pesares que guardan en su corazón, y volvamos á nuestro prisionero.

Hacer entrar á Mr. de Valgeneuse en la cabaña era dificultad que detuvo á los dos guardianes y les hizo pararse á la puerta.

Lo difícil verdaderamente era hacer entrar al caballo.

La cabaña se componia solamente de un piso bajo, de unos quince pies de largo por doce de ancho, sin más cuadra ni más habitación.

Para tres hombres y un caballo, semejante cuarto era un poco estrecho é incómodo.

— ¡ Diablo ! dijo Juan Taureau, no habiamos pensado en esto.

— Ni Mr. Salvador tampoco, dijo Toussaint.

— Imbécil, replicó Juan Taureau, ¿ cómo querias tú que pensase él en esto ?

— Pues qué, ¿ acaso no piensa él en todo ?

— Puesto que él no ha pensado, pensemos nosotros.

— Pensemos, respondió Toussaint.

Y pensaron.



Pero la imaginación no era lo que más distinguía á aquellas buenas gentes.

Por fin, al cabo de un momento se aventuró á decir Juan Taureau :

— Si el río...

— ¡ Cómo el río ! preguntó Toussaint

— ¡ Diabla !...

— ¡ Ahogar un caballo !

— El caballo de un mal hombre, dijo Juan Taureau con desdén.

— El caballo de un mal hombre puede ser un buen caballo.

Después de una pausa añadió Juan Taureau :

— Pero, ¿ qué hemos de hacer ?

— ¿ Si lo lleváramos á la taberna de la *Gracia de Dios* ?

— No haría yo tal.

— ¿ Por qué ?

— Porque el tabernero al ver á Juan Taureau ó á Toussaint Louverture con el caballo, nos preguntará quién es el dueño de él. ¿ Qué le contestamos ? Vamos, di, si es que á ti se te ocurre algo, y en seguida coges el caballo y lo llevas á la *Gracia de Dios*.

Toussaint movió la cabeza.

— Diría... murmuró.

— Calla.

— Es casualmente lo que hago.

Y Toussaint se calló.

Hubo un nuevo silencio de un minuto que Juan Taureau rompió el primero.

— Mira, ¿ quieres hacer una cosa ? dijo á Toussaint.

— Ciertamente que sí, si es posible hacerla.

— Por ahora entremos en la cabaña al amo.

— Bueno.

— Una vez dentro, yo me encargo de él.

— Yo también me encargaré, pardiés, no es lo que más nos embaraza, sino su caballo.

— No me interrumpas.

— Ya no te interrumpo.

— Una vez el amo dentro de la cabaña, tú te encargas del caballo.

— Yo me encargo, ó mejor dicho no me encargo, puesto que no sé todavía lo que he de hacer con él.

— ¡ Callate ! te encargas de él y te le vuelves á llevar...

— ¿ Adónde ?

— Al castillo de Viry, ¿ entiendes ?

— ¡ Calla ! es cierto.

— Esto no se te hubiera ocurrido á ti, dijo Juan Taureau orgulloso con su idea.

— No.

— ¿ Y te parece bueno ?

— Excelente.

— Entonces desatemos al amo, dijo Juan Taureau.

— Desatemos al amo, dijo Toussaint, que sólo hacia lo que Juan Taureau hiciera ó dijera.

— Pero, no.

— Entonces no le desatemos.

— Pero, sí, sí.

— ¡ Ah ! ya no comprendo, exclamó Toussaint que comenzaba á embrollarse.

— ¿ Y qué necesidad tienes tú de comprender ?

— Sin embargo... para trabajar.

— Conténtate con tener el caballo.

— Bien.



— Dices desatémole, pero si le desatamos á la vez, nadie tendrá el caballo.

— ¡ Calla ! es verdad.

— Una vez desatado el amo, nada impide que el caballo marche.

— Pues también es verdad.

— Pues no le desatamos ; le desato yo, y tú, mientras dura esta operación, tienes el caballo.

— Ya está, dijo Toussaint cogiéndole por el bocado.

Juan Taureau empezó por ir al sauce, cogió la llave, y abrió la puerta de la cabaña.

Después, como le gustaba ver, encendió luz.

Hechos estos preparativos, desató al prisionero y lo levantó en brazos como hace un chíquillo con su muñeco.

— Ahora, guía á la izquierda, ¡ marche !... dijo Juan á Toussaint llevándose al conde al interior de la cabaña.

Toussaint no se hizo repetir dos veces la orden, y antes que la puerta fuese cerrada había montado á caballo y marchado con la misma rapidez que si hubiera disputado el premio dado por la ciudad de París en las carreras de caballos.

Sólo que al llegar á la verja la encontró cerrada.

Disponíase á escalar la tapia, cuando se oyó el gruñido de un perro, y Brasil colocó sus dos patas en el travesaño de la puerta.

— ¡ Bueno ! dijo Toussaint en aquel auvernés patuá que tanto despreciaba Juan Taureau : cuando Rolando está por aquí, Mr. Salvador no debe andar lejos.

En efecto, casi en el momento brilló una luz.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo una voz secreta, ¿ Toussaint ?

— Sí, Sr. Salvador, yo soy muy contento que vuelvo á traer el caballo.

— ¿ Y el hombre ?

— ¡ Oh ! el hombre está seguro, puesto que ha quedado entre las manos de Juan Taureau. Por lo que pueda suceder vuelvo allá ; conque buenas noches, Sr. Salvador, que si cuatro ojos ven más que dos, también cuatro manos pueden más que dos solas.

Y dejando á Salvador el cuidado del caballo, Toussaint tomó el camino á tal paso, que si antes parecía haber disputado el premio de la carrera á caballo, parecía que ahora quería disputar el de la carrera á pie.

## CAPÍTULO V.

EN DONDE MR. DE VALGENEUSE ES QUIEN PELIGRA Y JUAN TAUREAU EL QUE TIENE MIEDO.

Veamos lo que había pasado en la cabaña de Salvador durante la ausencia de Toussaint.

Juan Taureau había hecho entrar, ó mejor dicho, había introducido á Loredán de Valgeneuse en el cuarto, le acostó provisionalmente ligado como una momia sobre una urna de nogal que había en medio, y que con la cama medio empotrada en una especie de alcoba, formaba el mueblaje principal.

Visto así, tieso y sin movimiento, Mr. de Valgeneuse no dejaba de parecerse algo á un cadáver que van á diseccionar en la mesa de un anfiteatro.

— No os impacientéis, señor, dijo Juan Taureau, en cuanto cierre la puerta y encuentre una silla digna de vos, medio os devolveré la libertad.

Diciendo esto, Juan Taureau cerraba la puerta con ce-